

En cada linaje, el deterioro ejerce su dominio: análisis de los procesos de violencia en *Dándole penas a la tristeza* de Alfredo Bryce Echenique

MICHÈLE FRAU-ARDON

IRIEC EA 740 Université de Montpellier III. France

**In each lineage, deterioration exercises its power: the analysis of violence processes
in *Dándole penas a la tristeza*, by Alfredo Bryce Echenique.**

Abstract

We propose to intensify the study of violence against children; this theme will be reviewed from the perspective of a double approach, both semiotic and psychoanalytic. The first reading focuses on transgression of what is forbidden: corruption of a minor by the great-grandfather/the patriarch don Tadeo of Ontañeta. These actions are considered as rapes perpetrated by the centenarian great-grandfather to Armindita Poma Sifuentes, who is only nine years old, which leads to a double problematic suicide. After a sordid blackmail exerted by his son-in-law who requires the custody of his grandson, a one year old child, another suicide occurs, this time his own son, don Fermín de Ontañeta Tristán. The second reading leads to the notion of violence itself, understood as actions that occur when the barriers, imposed by the symbolic law, which rules communication between people, are falling down. The construction of the symbolic law which establishes the symbolic pact for civilizing the relationship with others, is based and developed, but its destruction remains also possible in the same way as its deconstruction, according to the social organization of humans. From the specific angle of the novel- the neocolonialist system of the early 1950's and 1960's-, the fictional text highlights the intense power of a unique oligarch family of Lima, the de Ontañeta. A power which carries on managing to add an insidious perversion of values: it transforms the members of this family into objects of increased urges.

Key words: Filiation. Lima. Oligarchy. Symbolic law. Transgression of what is forbidden. Corruption of a minor.

Resumen

Nos proponemos ahondar en la temática violencia versus infancia, desde la perspectiva de una doble aproximación semiótica y psicoanalítica. La primera lectura se centra en la transgresión de la prohibición: corrupción de menor del bisabuelo/patriarca don Tadeo de Ontañeta, que se dan a leer en tanto acto de violación del centenario bisabuelo versus Armindita Poma Sifuentes, de nueve años de edad, lo cual desemboca en un doble suicidio problemático; otro suicidio se repite en la persona del propio hijo, don Fermín Antonio de Ontañeta Tristán quien, tras un sórdido chantaje ejercido sobre su yerno, exige apropiarse de su nieto, una criatura de un año de edad. La segunda lectura remite a la noción de violencia entendida como la toma de acciones que ocurre cuando se desmoronan las barreras impuestas por la ley simbólica que rige los intercambios de palabra con los otros. El montaje de la ley simbólica que instaura el pacto simbólico para civilizar la relación al Otro está fundada y desarrollada, pero también se posibilita su destrucción; su deconstrucción según la organización social de los grupos humanos. Desde el sesgo específico de la novela -el sistema neo colonialista de los principios de los años 50 y años 60-, el texto ficcional apunta a la concentración del poder en manos de una única familia de oligarcas limeños- los de Ontañeta, un poder que se perpetra, de modo en exclusivo patriarcal, viniendo a introducir una perversion solapada de los valores: ésta convierte a los seres humanos de la propia familia en objetos de pulsiones exacerbadas.

Palabras clave: Filiación. Lima. Oligarquía. Ley simbólica. Transgresión de lo prohibido. Corrupción de menor.

Introducción

La obra de Bryce Echenique descripta a través de los lazos transgeneracionales de la oligarquía limeña –años 50 y 60– fenómenos de violencia y de odio más o menos explícitos. Ante todo muestra cómo la vergüenza, la culpabilidad, o el perdón que se supone que atenúa, acompañan los funcionamientos odiosos en tal engranaje familiar.

El objetivo del presente trabajo es ver cómo detrás de una violencia imposible de imaginar, se vislumbra la dinámica –y su opósito la caída– de los lazos familiares a través de cinco generaciones, siempre intensamente presentes en las situaciones más traumáticas. En el mismo seno de la escena psíquica familiar, esta violencia patente tiene a menudo el papel de un dique protector de una carga de amor a riesgo de arrebató. Se evocará un amor en sufrimiento, atrapado en las redes de un aparato psíquico desfalleciente, en el que el transgeneracional no logra asumir su rol; un amor cautivo de una red de lazos institucionales y societales que garantizan a veces la perversión de su expresión, y lo conducen por los rodeos de un encierro tiránico. Centraremos nuestro análisis sobre dos expresiones de la violencia que se conforman con la cronología del texto, a saber la del bisabuelo Tadeo de Ontañeta versus Armindita Poma Sifuentes, la de Fermín Antonio hijo del bisabuelo Tadeo) versus el niño José Ramón hijo de su yerno José Ramón). Para una mejor claridad, nos parece necesario completar esta investigación con el árbol genealógico de la familia de Los Ontañeta. (p. 16, final de la ponencia)

1 El centenario bisabuelo Tadeo

El incipit abre sobre el personaje más emblemático de la ficción: Tadeo de Ontañeta, un antiguo y exitoso minero, por haber sido «el temerario precursor de esta actividad en el Perú» (Bryce 2012, 16). Pero de las minas regresó viudo de Inge –fallecida por enfisemas–, riquísimo y lleno de problemas pulmonares. A menudo el texto evoca «la extrema gravedad de sus enfisemas» (Bryce 2012, 18), razón por la cual, a los ciento cuatro años de edad, se encuentra solo y debilitado en una silla de ruedas, prisionero de un ambiente sofocante en un inmenso invernadero. De sus raíces familiares, no se hace ninguna mención de sus padres, sólo se evoca «el dolo-

roso recuerdo de sus cuatro hermanos –dos hombres y dos mujeres– fallecidos todos en un accidente de autobús que se desbarrancó regresando de Cerro de Pasco Lima. Tadeo y su hermano Fernando son los solos supervivientes de esta tragedia. A través del personaje, podemos percibir la presencia de la aparente omnipotencia de la imago ancestral: abuelos y bisabuelos. Cabe notar que de modo general el antepasado se presenta como el Otro (del padre), fuera de los circuitos apasionados del Edipo. Si bien el bisabuelo Tadeo se nos aparece como un déspota en el seno de una familia, su comportamiento infantil –relación con las enfermeras en el sanatorio; juegos con Armindita, hija de Rosa María Wingfield, la ex pareja de su hermano Fernando– hace de él un adulto tan dependiente como codicioso. Recordemos que la codicia en su etimología es una modalidad de defensa contra la angustia del vacío. En el texto, la codicia se manifiesta en un primer tiempo bajo el aspecto material –acumulación de riquezas, las minas–, en un segundo tiempo toma otra vía: la satisfacción de las pulsiones de la libido sin tomar en consideración ni los lazos del parentesco, ni la edad inocente de la víctima. Se supone que el bisabuelo ha jugado con el cuerpo de Armindita que se encuentra desnuda, y hasta que la habrá violado y matado, pues se evoca un suicidio de la niña de nueve años de edad, sin más precisar de qué tipo de suicida se trata, sólo que también el bisabuelo se suicidó... lo que da al relato un matiz de suspenso a la par que plantea el interrogante siguiente: ¿se puede o no hablar de incesto –definido en tanto que transgresión en las relaciones sexuales de personas de la misma familia– pues ningún lazo de parentesco determina las relaciones Tadeo versus Armindita, o antes bien de acto de pedófilo?

1.1 La perversión o el juego de los límites: Tadeo versus Armindita Poma Sifuentes

La perversión no es la pulsión sino que resulta de un proceso subjetivo complejo en el que el amor y el deseo intervienen en el marco del complejo de Edipo. Sin la dialéctica edípica las perversiones son, en la perspectiva freudiana, incomprensibles en sentido estricto. Por otra parte, la búsqueda del placer es el motor que alimenta a los perversos; a ellos les encanta alcanzar las cumbres del placer, cruzando por las barreras y desafiando los límites. Michel Foucault se interesó por «este juego de los límites y de la transgresión, el sentido de un horizonte del infranqueable»

que llama, en este juego, a no dejar de «volver a cruzar por una línea que, detrás de ella, en seguida vuelve a cerrarse en una ola de poca memoria» En su homenaje a Georges Bataille, el filósofo escribe:

Rien n'est négatif dans la transgression. Elle affirme l'être limité ; elle affirme cet illimité...Mais on peut dire que cette affirmation n'arien de positif: nul contenu ne peut la lier, par définition, aucune limite ne peut la retenir (Foucault 1963, 751-769).

No sólo consiste el pensamiento psicoanalítico en proporcionarnos una nueva interpretación del comportamiento sexual del hombre sino que localiza en la perversión los avatares del deseo antes de que tome cualquier forma de violencia En el orden del discurso que compone, la perversión del bisabuelo se da a conocer a través de las tres nociones del deseo, de la Ley y de la transgresión. Antes del episodio dramático –relación implícita del anciano con Armindita–, el texto enfatiza la atracción del anciano por muchachas jóvenes. En el texto predominan los signos que apuntan a la perversión del bisabuelo, hasta se puede claramente evocar la noción de pedofilia, «la perversa inclinación por las niñas de muy corta edad que manifestó siempre don Tadeo» (Bryce 2012, 21), su «debilidad enferma por las niñas» (p. 69), que él nombra como *sus sobrinitas*. Esta atracción por las niñas no va a quedarse al nivel de un fantasma inconsciente sino que va a cobrar una forma trágica, en su realización efectiva el día en que Tadeo festeja sus ciento cinco años en el ambiente del invernadero «cargado de oxígeno, de tabaco, de fósforos y de encendedores» (Bryce 2012, 54). Entre todas las personas de sexo femenino presentes el día de la celebración, entre otras las tres hijas mujeres de su hermano ya fallecido Fernando, ninguna logra captar la atención del bisabuelo. Será Armindita, la hija de Rosa María Wingfield, primera pareja del hermano Fernando, o sea alguien que no tiene un lazo directo de parentesco con el «archicentenario» Tadeo, la que va a participar del *juego* principiado por el anciano:

Que se hace conducir, cigarrillo en mano por una enfermera [...] dispuesta cómo no a volar con él, con sus tanques de oxígeno y todo [...] Armindita Poma rodaba aquella tarde, pero de felicidad, trepaba a menudo en el estribo de la gran silla de ruedas de don Tadeo (Bryce 2012, 61).

Veamos lo que escribe Freud al respecto:

On constate que les enfants répètent dans le jeu tout ce qui dans la vie leur a fait grande impression, que ce faisant ils réagissent à la force de cette impression et la repoussent, se rendant maîtres en quelque sorte de la situation. Mais d'un autre côté il est assez clair que toute leur activité ludique est sous l'influence du désir qui domine la période de leur vie où ils se trouvent, à savoir: du désir d'être grands et de pouvoir faire comme les grands (Freud 2014, 89).

Bajo la forma aparentemente inofensiva de este juego definido en tanto carrusel, Armindita y Tadeo se afirman de modo diferente. En el caso de la niña, se tratará de manifestar una compulsión de repetición. En el juego, cuya carga semántica (el transcurrir ineluctable de la vida) viene a sumarse al matiz simbólico (inocencia e infancia), la niña repite esta experiencia porque gracias a ella adquiere cierta forma de control. Y nunca estará cansada de reclamar al bisabuelo que repita el juego que él u otro adulto le habrá enseñado, hasta que éste, totalmente ebrio, modifique las reglas. Cada nueva repetición parece mejorar este dominio que ella intenta conquistar, y volverá a repetir inexorablemente los mismos gestos: las vueltas incesantes, idénticas del carrusel. La repetición viene a ser la fuente del «principio de placer» (Freud):

La niña se había negado rotundamente a regresar tan temprano a casa y allá se había quedado dando vuelta tras vuelta en el loco carrusel que don Tadeo continuaba presidiendo en su maldito invernadero (Bryce 2012 ,65).

Frente a Armindita, a través de la misma función, el bisabuelo establece las reglas de un juego que se da a leer en tanto que contrato. Gilles Deleuze (1967) subrayó la importancia del contrato en el masoquismo, y de forma general en cualquier perversión al mostrar que el contrato interviene en cuanto el perverso recurre a otra "voluntad" para jugar el ritual de su fantasma: bien tiene el contrato un valor de obligación para un tiempo limitado y con una persona definida, pero, además, es aceptado y pedido por la futura víctima:

Don Fermín hijo de Tadeo pasó antes sus ojos la última imagen que conservaba de aquella tarde: su padre, además de todo, había empezado a beber, una tras otra, copitas de un añejo y perfumado aguardiente francés, mientras que Armindita, besuqueándolo, se diría que sin pudor alguno, lograba que su bisabuelo le permitiera incluso mojarle los labios, una y otra vez, con aquel maldito veneno franchute (Bryce 2012, 64).

¿Por qué entonces el abuso hipotético de Armindita? El tabú de la virginidad es según Freud, la expresión que cobra un deseo masculino cuando una persona del sexo femenino no lleva en sí una huella anterior –ni en el cuerpo, ni en la memoria– de un primer hombre de quien conservara la impronta. La expresión de este deseo significa correlativamente para el hombre inscribir con su sexo una huella en el ser femenino a fin de que dicha inscripción sea la impronta de su identidad y la garantía en contrapartida de una indestructibilidad de su pene. ¿No será Armindita la metáfora de la virginidad por la cual el deseo masculino disfraza su propia perversión para garantizarla e imponerla como ideología moral y social?

1.2 La fractura en la cadena familiar: la herencia de la violencia

¿Se puede o no considerar la relación bisabuelo Tadeo versus Armindita como un caso de locura? Y si aceptamos esta hipótesis debemos ver cómo esta locura va a impactar en la célula familiar no sólo presente sino en la de todas las generaciones por venir. Claro es que antes de su nacimiento, cualquier ser humano ya tiene sus raíces en una historia familiar, de grupo y colectiva, que se persigue más allá de su muerte. Esta historia viene entretrejida de afectos, de amor, de agresividad, de ‘no dichos’, agrupados en los antepasados, elaborando el núcleo de la locura humana. Es por eso porque el individuo, ser conflictivo, se hace una parte de la cadena humana comprometida en el camino de la vida y en la transmisión con el Otro. ¿Qué ocurre en la familia de Ontañeta? El acto implícito de violación, un descarrío que apunta a la transgresión de lo prohibido, se inscribe en tanto que traición del bisabuelo respecto a este pacto familiar. Así que esta fractura, un hueco vacío y abierto en la sucesión significativa de la transmisión, abre el camino en especial por la traición, a la vía del inhumano, en una perspectiva de la dicotomía del Bien y del Mal:

Don Fermín Antonio se dirigía nuevamente al cuarto de su padre, a la más horrorosa y dolorosa visión [...] la visión de su padre muerto, muerto y hecho un guiñapo humano, un cadáver de amargos escorzos, un monstruo abismal y desnudo. Y calata, que no desnuda, estaba también quien fuera su Armindita tan horrorosa en su muerte sonriente en este mismo instante como lo estuvo en anormal galopada bañada en licor y sudor, de un nombre a otro, de haber sido su Armindita a ser ahora mismo [...] una tal Arminda, mas no Arminda Poma, ni muchísimo menos aún Arminda Poma Wingfield. (Bryce 2012, 68-69).

Tras el descubrimiento de los dos cuerpos desnudos, don Fermín Antonio, decide exigir una doble autopsia del doctor Alejandro Soubeyroux, médico de la familia con el que llega a ciertos *consensos/acuerdos*. Si bien revela la autopsia el suicidio de Tadeo, se silencia el suicidio de Armindita así como su violación, sólo sugerida con una palabra –dormitorio– y tres puntos suspensivos:

Dos grandes sobres lacrados contenían los resultados de ambas autopsias y *acuerdos* [...] Su padre (Tadeo) era un hombre totalmente lúcido, cuando aquellos hechos ocurrieron, que en un desenfreno suicida, en primer lugar, esto sí, qué duda cabe, pues, tal y como señala esta autopsia, ni siquiera se dejó suministrar el oxígeno que, debido a tan inusual agitación, aquella tarde requería más que nunca, y que además su desenfreno no fue tan sólo suicida, sino también criminal, ya que al mismo tiempo *le dio a beber* de su propio licor a Armindita, una niña de tan sólo nueve años, por lo cual de ningún modo puede atribuírsele responsabilidad alguna a esa criaturita, *y que posteriormente la había arrastrado, sí, arrastrado, estando ya la niña bajo los efectos totales del alcohol, hasta su dormitorio...* (Bryce 2012, 73).

Lo que constatamos es que la brecha ya está abierta y deja presuponer que de una manera u otra va a repetirse este fenómeno de violencia. Aunque reconozca don Fermín Antonio el horror cometido por su padre Tadeo e invoque un deber de conciencia, él confiesa: «me dejé llevar por una mezcla de ira y de celos al ver que mi padre lograba captar plenamente la atención de mi adorada Armindita» (Bryce 2012,74).

1.3 Los padres de Armindita

Si bien padecen los padres de Armindita de la experiencia traumática, habrá que analizar el proceso de modo metodológico. En el trauma, predomina el trauma en sí mismo, y luego aparece el traumatismo, un efecto directo que conlleva retoques de las representaciones o de lo impensable estremeciendo la actividad psíquica. El cuerpo de la difunta Armindita debe de ser identificado y llevado al cementerio con dignidad, según el ritual común del duelo, pues siendo víctima del incesto se le ha denegado a Armindita su propia identidad, al padecer un proceso de dependencia de su dignidad de ser humano instrumentalizado a una forma de explotación, o sea que fue tratada como un sencillo valor mercantil prostitucional apto para satisfacer las pulsiones de la libido de un anciano. ¿Cómo analizar desde luego la reacción de sus padres? Primero ellos se niegan a

abrir el resultado de la autopsia. Segundo, contemplan «incrédulos y graves» el ataúd blanco en que reposa su hija. Tercero, piden el permiso a don Fermín para recoger el cuerpo de la difunta como si su hija ya no les perteneciera: «nos gustaría llevarnos a Armindita de regreso (a Jauja)» (Bryce 2012, 77). Todos estos actos –o falta de actos– son la señal de que, pese al horror, sobrevive la ley de la transmisión, siendo don Fermín el futuro patriarca de la familia, aquello que se perfila en las relaciones entre él y los padres de Armindita: «después de todo ¿quiénes somos Madamina (su pareja) y yo para negarles a ustedes un legítimo derecho?» (Bryce 2012, 78). Claro que no hay una verdadera lógica sino la supervivencia de la dignidad y no un deseo de venganza que consistiera en la manifestación de un odio y de un asco profundo cuya meta final sería restablecer la verdad, lo cual conllevaría consecuencias inevitables sobre los pilares que fundamentan la familia: la filiación, los lazos transgeneracionales, la religión, el honor y la respetabilidad. Antes bien, los padres de Armindita cumplen con un trabajo psíquico de la ritualización del perdón, planteado por Benghozi a quien utilizaremos en el siguiente cuestionamiento: ¿Será posible superar el callejón sin salida vital de las consecuencias de la vergüenza y de la humillación? lo cual condujera a que se repitiera el escenario genealógico de la violencia y del incesto de generación en generación (Benghozi 2006, 73). Y desgraciadamente veremos en adelante que hasta el perdón de los padres no impide la repetición del proceso con otra forma de incesto... Si es verdad que la violencia sólo exige una respuesta similar, ¿cómo reciclar el odio? ¿Cómo superarlo y cómo no identificarse a la rabia que nutre a la venganza? ¿Es posible perdonar?, no olvidar, *perdonare*, es necesario recordarlo, tal como lo entiende el antropólogo Marcel Mauss, el per –don es el don del amor. En este sentido que se nos aparece más probable, el trabajo del perdón conduce a reconocer la realidad del acontecimiento traumático, a superar la vergüenza y la culpabilidad para llegar a un estado de serenidad susceptible de la inversión de otro futuro. Más allá del desgarró, habrá una forma de cicatrización que se posibilita por la ritualización de un vínculo afectivo mientras que los soportes generacionales familiares, comunitarios y sociales se presentan como fracturas. Aquí es donde cobra su sentido el matiz religioso, siendo la religión «una expresión de un campo psíquico colectivo, el espacio de lo sagrado, de un sagrado laico» (Benghozi 2006, 74), aspecto totalmente ausente en el tejido textual.

1.4 El bisabuelo/padre: Tadeo versus Fermín

Hay que abordar el significante “padre” según las funciones que en el inconsciente vienen relacionadas con él. Es obvio que el padre no es la causa de todo en el inconsciente, sino que es el «pre-juicio necesario del psicoanálisis» (Ansaldi and Assoun 1989, 29) en la experiencia iniciada por Freud. Leer cómo la red de asociaciones conceptuales se teje en torno a nuestro significante *Vater* será un modo como entender la escritura del Padre. En primer lugar, el padre es aprehendido desde el sesgo de una relación, una “relación al padre” que puede especificarse por una parte por la noción de ligazón al padre (*Vaterbindung*), por otra parte por el proceso de la identificación al padre (*Vateridentifizierung*). A través de esta última línea bien se descubre la aptitud del padre para cristalizar una prodigiosa actividad simbólica idealizante. Como lo escriben los antropólogos Ansaldi y Assoun, (ya citados) la imago paterna polariza, mediante una suerte de actividad de escisiparidad, estos sucedáneos de padre gracias a los cuales el sujeto saldrá en búsqueda de la repetición de cualquier rasgo capaz de imitar al padre, proceso sublimado en la idealización de la figura paterna, padre/Dios. Dicha perspectiva abre sobre la cuestión del mito “del padre original”, cuya estructura se perfila en *Totem y tabú* (Freud, 1913). Y precisamente es aquí donde Freud no sólo cuenta la muerte del padre sino que es al remontarse al asesinato del padre y de su muerte cómo permite volver a escribir el mito en el que se entrecruzan el ontogénesis y el filogénesis. ¿No será dicha trayectoria la que se perfilará a través de este aporte transgeneracional convocado por una ausencia /presencia de un *antes* del bisabuelo Tadeo hasta un destino en muchos aspectos parecido al de su hijo Fermín, para acabar en el caos, lo real metaforizado en las muchas configuraciones de la decadencia?

1.5 Entre el no decir (la onertá) y el decir (el testamento)

Abordar la cuestión de la prohibición, cuestión, recordémoslo que tiene como apuesta la problemática del límite, considerado en una red de preguntas centradas en la lengua tal como la codifica Saussure o sea una mera estructura, presupone convocar la cuestión de la prohibición en su articulación con las funciones del padre. Pero ¿cómo definir la prohibición? Como lo reconoce Freud (1981, 243) ¿es la prohibición la sencilla otra cara de la

Ley, relacionada con ella?, o tal como lo sobreentiende Sabine Prokkoris (1989, 184), ¿no se perfilará antes bien una tensión, hasta una lucha entre la prohibición y la Ley, lucha donde la prohibición se sustituyera a la Ley, como aquello que la reprime. Allí se escenificaría el juego del decir en su enfrentamiento con el silencio, un juego del decir entendido como juego del límite, por lo cual es interesante notar cómo transcribe el texto ficcional un proceso de ocultamiento que se supone que va a preservar el honor de la familia. Dicho ocultamiento, originado por don Fermín a quien le toca en adelante «preocuparse de todo» (p. 69), se perfila a diferentes momentos clave de este episodio dramático: el descubrimiento del cuerpo, en presencia de la servidumbre: «Vigile usted que por ningún motivo *nadie* se acerque al dormitorio de mi padre. Absolutamente *nadie*, por favor, mujer» (p. 68); los acuerdos tácitos con el cura, el padre Facundo Serrano, y el médico de cabecera, el doctor Soubeyroux que va a efectuar la autopsia, un médico que tiene toda su confianza:

Su ruego era sólo uno: que, de ser posible, separe usted el caso de mi padre del caso de la niña [...] lo dejo todo a su mejor entender y parecer, y por supuesto que también a su conciencia. El resto es *cosa mía* [...] (p. 71).

Por fin, don Fermín gestiona la organización del velatorio en el salón de las circunstancias:

«yo preferiría que *nadie*, salvo sus empleados domésticos, suban a verlo. Además el entierro será mañana a primera hora y espero ser la *única* persona presente en el cementerio» (p. 79).

Tras la muerte de Tadeo, don Fermín Antonio descubre con «asombro» (tres ocurrencias) quién era su padre a través de un decir, el testamento redactado un año antes de su muerte. El discurso elaborado y enunciado a través del testamento, enfatiza en el hecho de que «cualquier discurso, en cuanto toma forma, es juego de la prescripción y de la prohibición» (Prokkoris 1989, 187). ¿Qué revela el testamento? Claro don Fermín es el único heredero, pero en contrapartida debe respetar las últimas voluntades de su padre—cinco exactamente—, entre otras el respeto a la memoria del bisabuelo, la compra de una hacienda, el reparto del dinero, la publicidad en *La Voz de Lima*, y en especial la ley de la transmisión configurada en álbumes de estampillas que el bisabuelo Tadeo desea conservar a través de las generaciones por venir: «te ruego, eso sí, que queden en la familia» (Bryce 2012, 81).

Llegamos a las conclusiones de que las ordenes o la intimación, de modo general la forma tomada por las propuestas éticas, las cuales pretenden explícitamente obligar o impedir a don Fermín Antonio, sólo son figuras particulares de aquello que se nos aparece como estructura profunda del discurso de cualquier enunciado que se diera leer como productor de sentido. En definitiva, el discurso/testamento se reduce a un conjunto de obligaciones, así una forma de violencia que don Fermín Antonio va a sufrir sin poder resistirla, pero además, descubre la paradoja de un padre que voluntariamente nunca se ha entregado, al crear entre ellos una barrera que imposibilitaba la comunicación:

Toda una lección, claro que sí, pero también una idea tan precisa como tardía de la distancia en que habían vivido siempre, padre e hijo, sin llegar a conocerse nunca muy bien, llenos de prejuicios cada uno acerca de otro y sin encontrar, ni buscar tampoco, el tiempo para aclarar lo que aparentemente no había sido sino una amalgama de pequeños malentendidos y muy superables divergencias de opinión (Bryce 2012, 81).

2 Don Fermín Antonio de Ontañeta Tristán

El discurso sobre don Fermín Antonio nos permite abordar la cuestión del fantasma de la transmisión, «constructo psíquico inconsciente que el sujeto efectúa de su ubicación en el lazo de la generación. Este fantasma le permite atribuir las causas de aquello que le ocurre a la generación precedente» (Kaës 1994, 9-14). Don Fermín Antonio quiere adoptar a su propio nieto, hasta negarle la identidad, con la modificación de su nombre, en realidad sumar la partícula “de” voluntariamente borrada por su padre biológico, José Ramón. Consideramos que don Fermín sufre los efectos de una transmisión traumática por identificación proyectiva. En efecto, don Fermín Antonio, el seudo padre, proyecta de modo inconsciente su vivido traumático, en este caso explícitamente el doble abandono padre y madre versus él mismo, el hijo, abandono que sufrió por las amantes del padre y las consecuencias que esta situación presupone, a saber la pérdida de la imagen paterna, un proceso de mimetismo/reproducción en la misma vida del hijo, el enmascaramiento de una capa de la sociedad limeña –la oligarquía– donde se debe preservar la imagen.

2.1 Don Fermín Antonio o el padre de sustitución

De la unión de don Fermín con Madamina nacen dos hijas: María Magdalena y María Isabel. Ningún hijo viene a completar la descendencia de don Fermín. Conforme nos adentramos en el texto, notamos cómo don Fermín es un gran manipulador que ya tiene preparada con antelación su estrategia para obtener 'un producto masculino', digno de asegurar la descendencia por vía paterna, en pocas palabras. ¿Cómo logra apropiarse de él? Don Fermín Antonio se las arregla para provocar la boda de su hija María Magdalena, con José Ramón, su sobrino de cuarenta años de edad, «el hijo varón que la vida le negó pero también y al que hoy» podría convertir [...] en su hombre de confianza en el Banco Nacional del Perú, en el heredero de su nombre (Bryce 2012, 97), pese a la negativa repetida de José Ramón: «Preferiría no hacerlo, señor» (Bryce 2012, 99). Entonces, don Fermín Antonio va a utilizar el pretexto de los lazos familiares para borrar o sea mandar asesinar a sus sobrinos. Augusto y Aurorita Tristán López Urizo, por haber mancillado el honor familiar a través de sus imágenes vulgares en la prensa limeña.

«Por mi parte, quedas autorizado incluso a asesinarlos. Y en este caso seré yo quien se encargue de que jamás nadie se entere de nada» (p. 124).

En adelante, don Fermín Antonio podrá ejercer sobre su yerno José Ramón un chantaje sórdido: la apropiación del hijo menor de José Ramón en cambio de su silencio:

¿Y quién crees que se ha encargado de eso, pedazo de imberbe? Pues tú mismo *ex tío* Fermín Antonio que, en este mismo instante, puede marcar un número de teléfono para que suelten un millón de sabuesos a correr tras un solo nombre: el tuyo (Bryce 2012, 133).

¿Qué genera don Fermín Antonio al apropiarse del niño José Ramón, su propio nieto, hijo de su hija María Magdalena, hasta exigir de los padres biológicos la modificación de su nombre?: «que como tú tienes dos hijos hombres (Federico y José Ramón) y yo ninguno, quiero que el mayor de tus hijos lleve, uno tras otro, *todos* mis apellidos» (Bryce 2012, 133). A la base, el doble chantaje efectuado sobre el padre original y su pareja hacen del niño un rehén. Respecto a su padre biológico, don Fermín Antonio utiliza la intimidación. Respecto a su hija María Magdalena,

el asunto ya está arreglado y sabe que no podrá resistirle pues «una hija le debe devoción a su padre. Absoluta devoción» (p. 133). De cierto modo, la madre es cómplice de su propio padre: la distancia instaurada entre el niño y la madre viene instrumentalizada por una relación de dependencia hija María Magdalena versus padre don Fermín Antonio, niño José Ramón versus madre María Magdalena. Pero esta distancia debe ser disimulada pues es demasiado humillante. A falta de haber permitido la instauración de un sentimiento de seguridad en su hijo, la madre le forzará a que acepte la cadena que lo está uniendo con ella, –una forma evidente de alienación– so pena de perder esta relación y encontrarse extraviado en un mundo hostil que le es ajeno. Por lo cual se puede enunciar en un primer tiempo que el niño es una víctima entre dos tiranías asentidas: la del padre y la de la madre.

En paralelo, en un segundo tiempo, las proyecciones incesantes de don Fermín Antonio sobre su nieto José Ramón constituyen una negativa pues en realidad confunde el registro de las exigencias pulsionales y el registro de las necesidades del YO. En pocas palabras, don Fermín le quita al niño José Ramón las varias experiencias de frustraciones ineluctables para el proceso de maduración, y llega a debilitar las potencialidades y manifestaciones de su YO. Al niño no se le ve en su realidad y expresión personales. Antes bien, es el soporte de numerosas proyecciones o sea de una verdadera intrusión que conlleva a una negativa de sus percepciones internas y a una violencia que él exterioriza, luego interioriza hasta que la misma lo supere, al conducirlo hasta la forma más exacerbada de la violencia: la muerte, una muerte súbita, de origen desconocido: «en el precioso dormitorio infantil recientemente arreglado para el niño que sería su hijo, yacía el cadáver de ese mismo niño» (p. 150). Poco a poco, el niño ya no ha habitado su cuerpo, se ha sentido vacío y este vacío interior que lo socavó era un obstáculo que se ha sumado al proceso de separación-individuación.

El niño padece una doble violencia: la del abandono simbólico y real de los padres y su apropiación por don Fermín. En efecto lejos de ser protegido por sus padres respecto a su edad y a sus capacidades de autonomía –además es epiléptico–, al niño se le atribuye el papel de un héroe sacrificado e independiente, capaz de gestionar su propia vida, capaz de superar el desarraigo para, en definitiva, tranquilizar a sus padres. Teóri-

camente, sabemos que las violencias internas y/o externas hechas al niño constituyen amenazas para su vida psíquica. Para luchar contra los riesgos de desmoronamiento, de pérdida de identidad, de implosión o explosión psíquica: claro es que el niño puede organizarse de modo defensivo, lo que hace efectivamente el niño José Ramón, de cuatro años de edad:

El niño no se acordaba absolutamente de nada más que de haberse escapado del auto de su madre y haberse trepado luego, con éxito por primera vez, eso sí, a un árbol del bosque (del Olivar) (Bryce 2012, 137).

Pero cualquier ser humano tiene sus límites, y a ese nivel de nuestro análisis, convocamos la noción de implosión tal como la define Tisseron (2005) o sea que la implosión se entiende como la imagen de una capa exterior que deforma o bien se rompe, desde el exterior hasta el interior, a la hora de ya no poder ésta oponerse a la acción de las fuerzas exteriores. Así que vendrían las fuerzas exteriores a inyectarse en las fuerzas interiores, y de tal modo, sumarse a las violencias internas del niño, cuya escapatoria sólo puede posibilitarse como suicidio o muerte súbita a fuerza de tal tensión ejercida sobre él. Al analizar el proceso, se conjuga la violencia pasiva de los padres originales con la violencia activa de un solo padre adoptivo –destrucción del concepto familiar–, la cual se define en tanto que violencia pulsional pues no toma en consideración las necesidades fundamentales del niño, sino que responde a la única obsesión de filiación de don Fermín, la transmisión y supervivencia de la Ley (Lacan) a la par que la supervivencia de las escalas de valores: apellidos y estratificación social. Tal situación ha alimentado en el niño angustias de muerte muy intensas y seguramente lo incita a una respuesta defensiva de tipo tiránico: yo muero para que vosotros todos sufráis. En ello desemboca la muerte del niño: el padecimiento de los padres, y de la abuela Madamina, la muerte de su verdugo, don Fermín Antonio: tras un período de locura, don Fermín se suicida:

Fermín acababa de volarse los sesos no bien escucharon aquellos dos tremebundos escopetazos. Uno fue en la sien y el otro en plena boca (Bryce 2012, 151).

Para concluir sería interesante reflexionar sobre las correspondencias entre el vínculo adoptivo y el vínculo que une el niño a su objeto transgeneracional –Tadeo–, quien también no es su genitor. Para la familia, el

lazo con el objeto transgeneracional vehicula un legado organizador, una herencia condescendiente y reparadora cerca de la cual vive, como lo enuncia Bataille, «una parte maldita», o sea la que atraviesa las generaciones a través de los semas de la fatalidad y de la maldición.

2.2 *Violencia y suicidio: breves claves de descodificación para una propuesta psicoanalítica*

Suicidio del bisabuelo Tadeo, suicidio o seudo suicidio de Armindita, suicidio de don Fermín. Aquí viene una síntesis del proceso de violencia tras el análisis global de la obra de Bryce Echenique. En vez de evocar la noción de maldición, privilegiaremos las aproximaciones psicoanalíticas con el objeto de un intento de desciframiento al respecto.

2.2.1 El caso del suicidio

A través de la evolución de su obra, Freud relaciona la violencia con los fantasmas que remiten a la escena primitiva, con el complejo de Edipo, y con el relato mitológico que nos propone acerca de los orígenes de la humanidad. Además, no podemos presentar la noción de violencia sin el correlato que le está relacionado en el texto, a saber el suicidio: dos suicidios efectivamente realizados por dos adultos, padre e hijo, luego de haber transgredido ambos la Ley simbólica y el suicidio problemático de la joven Armindita, un asesinato silenciado en el modo de su representación textual. A este nivel del análisis, nos permitimos remitir a una obra clave de Freud, *Deuil et mélancolie* (1915). Por primera vez Freud ahonda en su marco de referencia teórica al dar cuenta de una relación de objeto fundada sobre la proyección y la identificación

L'analyse de la mélancolie nous enseigne que le moi ne peut se tuer que lorsqu'il peut, de par le retour de l'investissement d'objet, se traiter lui-même comme un objet, lorsqu'il lui est possible de diriger contre lui-même l'hostilité qui vise un objet et qui représente la réaction originaire du moi contre les objets du monde extérieur [...]. Dans ces deux situations opposées, l'état amoureux le plus extrême et le suicide, le moi, bien que par des voies tout à fait différentes, est écrasé par l'objet» (Freud 1917, 160-161).

Será con *Au-delà du principe de plaisir* (1920), y la elaboración del instinto de muerte cuando Freud permite la emergencia de otro concepto: el de

un instinto de agresión autónoma. Es de notar que Freud establece un distingo entre el instinto de muerte –dirigido contra sí mismo– y la pulsión de destrucción, dirigida contra los Otros –aquí los dos niños–, dos facetas que nos ofrece la obra estudiada. No obstante, no podemos asimilar los dos suicidios, bisabuelo e hijo, en su globalidad, pues es obvio que el proceso no opera de modo idéntico. Al analizar el comportamiento de Tadeo, notamos la presencia de varios signos que apuntan a un abandono progresivo de la vida: fumar, confundir u olvidar los nombres de las enfermeras, no tomar el oxígeno, embriagarse, otros tantos factores que apuntan a los sentimientos suicidarios del anciano, por ya no ser el hombre fuerte y potente de su juventud, sino un ser debilitado por la enfermedad, un ex potente impotente prisionero de un cuerpo que desconoce hasta el odio pues ya no puede controlarlo, y de ahí, el sentimiento de una profunda impotencia que daría cuenta de sus pulsiones suicidas. ¿Cómo entonces explicar esta propensión al suicidio? Muchos analistas, entre los más conocidos Campbell (1995), Fonagy y Target (1995) han demostrado el papel esencial del padre en la fase del desarrollo mientras la cual se operan la separación y la individuación. En efecto, la ausencia del padre era considerada como un factor importante en la propensión de sus pacientes a los actos violentos respecto a sí mismos y a los otros. Así que «fundado sobre el fracaso de la negociación de una separación con los objetos primarios, se puede considerar el suicidio como un remedio frente al fracaso del duelo de la relación infantil con la madre, el cual desemboca en un profundo sentimiento de vacío y de desesperanza». (Schachter, 2004, 260-261).

2.2.2 *El narcisismo*

Otro factor que se debe tomar en consideración para el estudio del binomio violencia/suicidio es el narcisismo. ¿No encontrará el acto del bisabuelo Tadeo su verdad en este gozo desesperado de aniquilarse en el aniquilamiento del Otro –Armindita– un modo de consagración narcisista del Yo. Tanto Tadeo como su hijo Fermín Antonio hacen prueba de un sentimiento de superioridad, y prefieren rechazar antes de que se les rechazen. Como lo escribe Rosefeld (1987)¹ en su propuesta de clasificación de los narcisistas, en el caso de los «con caparazón» al cual pertenecieran a nuestro entender ambos personajes, todo *su self* se identificaría con un *self* destructor cuya

1 Rosefeld distingue dos aspectos de narcisismo, caracterizando dos tipos de narcisistas: «con caparazón» y «a flor de piel». Ambos grupos se sirven de su estructura psicológica para mantener un sentimiento de equilibrio.

meta única sería sobrevivir al triunfar de la vida y de sus vicisitudes. La pérdida de un objeto externo –Armindita– no dejaría este *self* indiferente sino que estimularía un sentimiento de excitación y de triunfo. No obstante, esta hipótesis no se puede confirmar con la reacción de Fermín que vuelca a la otra faz del narcisista, el nombrado «a flor de piel», al descubrir el cuerpo yerto de su nieto adoptado a la fuerza.

Conclusiones

Estructural y genéticamente, el aparato psíquico familiar siempre funciona como una matriz de sentido que sirve de apoyo primario para las psiques de los sujetos que van a nacer en el seno de una familia. (Ruffiot, 1979). De ahí, la importancia de esta noción y nuestra síntesis final que enfocaremos desde dos perspectivas: el funcionamiento transgeneracional y el génesis del lazo tiránico.

En lo que atañe al primer aspecto, hemos podido observar cómo la violencia de los adultos hacia los niños irradia el tejido textual, pues bien se trata de un fenómeno cíclico que se repite a lo largo de dos generaciones, pero subrayamos que se perpetua el proceso en la tercera generación, objeto de un próximo estudio El proceso de la violencia que apunta a la escenificación de la compulsión de repetición nos conduce a la conclusión siguiente: en cada generación los niños interiorizan un clima familiar de odio –activo y o pasivo– y de violencia como si se tratara de retomar activamente aquello que muy pasivamente sufren en la infancia. De modo más general, nos interpela el proceso de repetición, por lo cual éste posibilita la hipótesis que avanzan Boszormenyi and Spark (1973): la noción universal de deuda respecto a los padres por la vida otorgada, una deuda que se inscribiera en paralelo tanto de «la culpabilidad del Edipo como del deseo de reparación» (Klein, 1934). También vehicula el transgeneracional el modelo del parentesco, precisamente el que dirige atractivos y rechazos, prescripciones y aboliciones, que distribuye el sitio de cada miembro de la familia y origina la transmisión de los mitos y de los ideales. Ahora bien, en el objeto estudiado «el concepto de objeto transgeneracional» (Eiguer, 2005) remite obviamente a un bisabuelo que suscita fantasmas, provoca identificaciones, e intercede en la constitución de instancias psíquicas en ciertos miembros de la familia.

Respecto al segundo aspecto, es obvio que don Tadeo es el punto de partida –por lo menos en el texto– de la supervivencia de ciertas formas de relaciones tiránicas, lo cual conllevará a un problema mayor: las relaciones tiránicas intrafamiliares, las cuales parecen originarse en las angustias de abandono no elaboradas que se remontarán a los traumatismos vividos por los padres, ellos mismos víctimas de antepasados despóticos. Como lo subraya Christine Fadhlouï, dichos traumatismos:

Obstaculizan cualquier posibilidad de integración de la violencia necesaria para la interiorización de las normas y para el paso de las etapas del crecer del niño, en las varias pruebas sucesivas del destete, de las separaciones, de las frustraciones y de las puestas en cuestión que esmaltan su camino hacia la edad adulta. Así es como el tiempo se torna cíclico cuando ya no viene alimentado por la dinámica del imprescindible desarrollo del niño². (Fadhlouï 2006, 160)

El final de la novela problematiza desde otro sesgo la cuestión de la familia a través de un niño ocultado –el no dicho– que se entiende como el secreto amenazador del aparato familiar. En efecto, la irrupción al relato del desconocido Pepe Santos, hijo ilegítimo de José Ramón de Ontañeta Wingfield y de su sirvienta Manolita, una mulata, presupone el quiebre del lazo transgeneracional a través de la dislocación del mito familiar. ¿No será esta fractura real, que imposibilita en adelante la ley de la transmisión, la que da al título de la obra su pleno sentido simbólico? Dándole pena a la tristeza...

² La traducción es mía. También he pasado al español casi todas las citas de las varias ediciones redactadas en francés.

Bibliografía

ANSALDI Jean, ASSOUN Paul-Laurent et al (1989), *Le Père. Métaphore paternelle et fonctions du Père: l'Interdit, la Filiation, la Transmission*. Paris: L'espace analytique, Editions Denoël.

BENGHOZI, Pierre(2006), "Honte, haine, ritualisation du pardon et complexe d'Antigone" en *Amour, Haine, Tyrannie dans la famille*. Paris: Éditions in Press.

BOSZORMENYI-NAGY, Ivan, and SPARK, Géraldine (1973), *Invisible Loyalties*. New York: Harpers and Row.

BRYCE ECHENIQUE, Alfredo (2012), *Dándole penas a la tristeza*. Barcelona: Anagrama.

DELEUZE, Gilles (1967), *Présentation de Sacher-Masoch*. Paris : Éditions de Minuit.

EIGUER Alberto (2005), *Le générationnel. Approche en thérapie familiale psychanalytique*. Paris: Dunod.

FADHLAOUI, Christine(2006), "Transmission générationnelle du lien tyrannique" en *Amour, Haine, Tyrannie dans la famille*. Paris: Éditions in Press.

FOUCAULT, Michel(1963), *Préface à la transgression*, en *Critique* n°195-196: *Hommage à Georges Bataille*, août-septembre 1963, pp. 751-769.

FREUD, Sigmund(1917) [1915], " Deuil et mélancolie" en *Métapsychologie*. Paris : Gallimard,1968.

(1981), *Essais de psychanalyse*. Paris: Petite Bibliothèque Payot.

(2014)[1920], *Au-delà du principe de plaisir*. Paris: Éditions Points.

KAËS, René (1994), *Thérapie familiale analytique ou psychothérapie psychanalytique de la famille (en situation de groupe) Questions en Revue de psychopathologie psychanalytique de groupe; n° 22*. Paris: Érès.

KLEIN, Mélanie(1967), "Contribution à l'étude de la psychogénèse des états maniaco-dépressifs", tr Fr. en *Essais de psychanalyse*. Paris: Payot.

PROKKORIS, Sabine(1989), "Entre dire et ne pas dire: interdire: ambiguïtés de la fonction du père" en *Le Père. Métaphore paternelle et fonctions du père: l'Interdit, la Filiation, la Transmission*. Paris: L'espace analytique, Denoël.

ROSEFELD, Herbert (1987) «Afterthought : Changing theories and changing techniques in psychoanalysis», *Impasse and Interpretation*, Londres, Tavistok, New Library of Psychoanalysis, trad.franç., *Impasse et Interprétation*, M.Cl. Amieux, A.Goyeux, N.Guillet, B.Ithier, Fl. Leclerc, C.Lévy sous la direction de Béatrice Ithier : Paris : PUF,1990.

RUFFIOT, André (1979), *La thérapie psychanalytique de la famille. L'appareil psychique familial*. Thèse de 3ème cycle, Grenoble II.

SCHACHTER, Joan (2004), "Le paradoxe du suicide: questions d'identité et de séparation" en *Violence et suicide*, sous la direction de Rosine Perelberg. Paris: Le fil rouge, PUF.

TISSERON, Serge(2005), *Psychanalyse de l'image*. Paris: Dunod.